



FRAY MOCHO
(JOSÉ S. ÁLVAREZ)

LA LINTERNA DE REGNIER *

Fue aquí, en este servicio, donde por primera vez conocí a don Tomás Regnier, mi compañero desde pocos días después, y mi maestro siempre. Fue él quien encontrándome perdido en medio de la multitud, sirvió de guía a mi alma, pudiera decirse infantil; fue mi maestro y fue el foco de luz que iluminó mi espíritu, proveyéndome de armas – él que era inerme – para emprender con vigor la pesada lucha por la vida.

Todas las tardes, invariablemente, llegaba a las antecámaras un hombre al parecer convaleciente de larga enfermedad, tal era su extrema palidez y la debilidad de toda su persona, que era desaliñada en grado superlativo. Vestía de negro, con levita y sombrero de copa, pero todo en un estado tal de ruindad y falta de higiene, que asombraba cómo las autoridades permitían la exhibición de miseria semejante. No obstante, era correcto: las prendas podían ser como eran, viejas y sucias, pero no le faltaba ninguna de las correspondientes al rango de su traje, que él llevaba con toda majestad y respeto, contrastando singularmente con su miseria y la exigüidad de su persona – pues, sobre ser enclenque, era de una estatura reducida a la expresión más mínima – la suficiencia, y hasta diría, la importancia que trasudaba.

Todo en él era altisonante, desde el taco torcido de sus viejos botines deslustrados – que él al caminar tenía la pretensión de hacer sonar con toda prosopopeya

y acompasadamente, pues su andar era cadencioso, y casi pudiera decirse rítmico -, hasta el lente que cabalgaba sobre su fina nariz aguileña, y el cual no conteniendo sino un vidrio, pues el otro se había caído, daba a su fisonomía una expresión grotesca, marcadamente satírica.

Yo lo veía llegar, avanzando despacio, tranquilo, despreocupado, con su cuello erguido, la cabeza levantada con cierta insolencia de buen tono y con su levita que se caía a pedazos, sus pantalones deshilachados y grasientos y su galera y la corbata y hasta el bastón que llevaba bajo el brazo, lo mismo, y trataba de averiguar, aunque fuera por deducción, el objeto que lo traía diariamente al despacho.

Se sentaba en el rincón más oscuro del salón de espera durante unos veinte minutos, permanecía quieto y silencioso y luego se retiraba tal como había venido, si por acaso no encontraba al mayordomo Luis Morel, persona que hacía el servicio especial del ministro. Si lo encontraba, la escena tenía una variante, pues el mayordomo lo llevaba al cuarto de los ordenanzas, le daba una taza de café con galletitas, - que él tomaba en silencio, y muy despacio - y luego se ausentaba con la misma prosopopeya, y la misma importancia y el mismo pasito cadencioso y rítmico con que había venido.

Los ordenanzas y porteros no lo conocían, y por lo que pude notar lo miraban con desprecio, llegando uno, que abrigaba rivalidades mayordomescas, a decirme con socarronería:

-¡Es un amigo del hombre de confianza del ministro!...¡persona muy bien relacionada, como usted lo ve!

El cabo Pérez no se dignaba bajar la vista hasta él, y cuando le pregunté quién sería el personaje me echó una mirada fulminante con su ojo blanquizado que brillaba bajo la visera del kepi, y me dijo:

-¿Cree que yo voy a conocer *eso*...¿No ve que es un atorrante de levita?

La respuesta no me satisfizo y me prometí interrogar al mayordomo en la primera oportunidad; parecía éste un buen sujeto, contra la opinión de los murmuradores que se reunían en el cuarto de los sirvientes y ordenanzas, y, a pesar de la actividad que yo le veía desplegar y del aspecto de hombre ocupado, que siempre tenía y que sus subordinados interpretaban como signo visible de servilismo y adulonería, cosa que a ellos - hombres altivos e independientes - no les cuadraba.

No tuve necesidad, no obstante, de recurrir a informaciones de nadie; una tarde, mi hombre se acercó espontáneamente y, con acento francés muy pronunciado, me dijo confidencialmente, y mirándome a medias, pues lo hacía con el único ojo que cubría su lente y entrecerrando el otro, mortificado por la luz:

-¡Diga, vigilante!...¿No lo ha visto al mayordomo?

-No, señor...¡ayer no lo ví tampoco!

-¿Tampoco, eh?...¡Pues, entonces estará enfermo!...

Y luego de quedarse un rato pensativo, me dijo con una dulzura infinita:

-¡Es lástima!... Mañana tengo que ir a la Convalecencia...¿sabe?...porque me va a dar el ataque, y...¡Caramba!...el mayordomo me dijo que me pagaría el tramway porque está lejos y no puedo caminar.

-Si quiere...¡tome!

Y metiendo la mano en el bolsillo saqué cinco pesos de la antigua moneda y le dí.

Me miró como asustado, parpadeó el ojo que quedaba sin vidrio y me dijo, como alelado.

-¡Vaya, gracias...amigo vigilante!...¡Voy a traerle el vuelto...porque, como comprenderá, no tengo cambio y, después, el enano ese que me persigue, ¿sabe?, puede ser que sople en su caracol, y entonces, aunque haya baile me va a comenzar la picazón

de la nariz, y no voy a poder ir al Banco, porque lo cierran de miedo al enjambre de hormigas que acompañan al maldito enano ese!

Comprendí que el hombre era un enfermo y que la alegría que acababa de recibir le había quitado el poco seso que solía tener, y dije para distraerlo:

-Deje el vuelto no más, no se preocupe: otro día me lo da.

-¡Ah!...¡Sí!...¡Bueno!...

Y luego pasándose la mano por la frente, exclamó, como quien vuelve de un sueño:

-¿Ve?...¡Ya se me iba de la cabeza!...¡Amigo qué cosa!...¡No puedo pensar en nada!

Y me contó con toda lentitud y en voz baja, su enfermedad y cómo cada tantos días tenía que ir a recluirse en el Hospicio de Dementes, donde lo asistían con mucho éxito, pues, momento a momento, se iba sintiendo en salud.

¡Pobre Reignier!

¿Quién me hubiera dicho que él, el pobre enfermo que en esos momentos tenía ante mis ojos y a quien miraba compasivo, llegaría en día no lejano – cuando por segunda vez nos halláramos en la vida – a tener una influencia tan decisiva en mi destino como en realidad la tuvo?

Fue él quien me puso en el sendero de la dicha, quien abrió mi espíritu a la luz vivificante del saber y quien despertó en mi alma los anhelos y las esperanzas que fortificaron y alentaron mis ambiciones, formándome con la experiencia de su vida asendereado de bohemio y de vagabundo, una sólida plataforma que me permitiera elevarme sobre el nivel vulgar a que me condenaban mis condiciones personales y el medio en que me agitaba.

¿Qué maestro más amoroso pude tener?

¡Con qué pasión de enfermo, con qué persistencia de maniático emprendió la tarea de ilustrarme y de educarme!

¡En las horas de descanso del día presente – cuando en el jardín de la casita en que vivimos lo veo rodeado de mis hijos, que le llaman abuelo, pulcramente vestido de negro, aunque conservando el mismo paso cadencioso y rítmico de los primeros días en que le conocí – suelo evocar los viejos recuerdos, y comparando mi existencia de los días oscuros con los que después alcancé, comprendo cuánto le debo y cuál fue mi suerte al encontrarlo en el camino de la vida!

*** Extraído de Memorias de un Vigilante**

El presente libro ha sido digitalizado por el voluntario Gonzalo Pedro Pagani.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

